

Entrega de la Medalla de Honor de la Real Academia de Medicina de la CV a la Facultad de Medicina de Valencia

*Francisco Morales Olivas**
Presidente del Instituto Médico Valenciano

Sean mis primeras palabras de agradecimiento a la Real Academia de Medicina y Ciencias afines de la Comunidad Valenciana por la concesión de su medalla de honor a la Facultad de Medicina y Odontología de la Universitat de Valencia y al Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia, Prof. Llombart Bosch y al Ilmo. Sr. Decano de la Facultad, Prof. Pallardó Calatayud por haber permitido que los que fuimos decanos en otros tiempos podamos participar activamente en este acto.

No creo pecar de inmodestia si digo que considero que la medalla es merecida. La Facultad de Medicina es una de las fundacionales de la Universitat de Valencia y forma médicos de manera ininterrumpida desde 1499, aunque algunos dirán que desde mitad del siglo XIII cuando se creó la Real Escuela de Cirujanos, que es su antecedente. A lo largo de todo ese tiempo ha cumplido una importante labor, no sólo formativa y científica, sino también social y ha sido la sede de la Real Academia de Medicina desde la creación de ésta en 1831.

En su amable invitación para participar en este acto, el Prof. Llombart me indicaba que debía hacer un recuerdo de mi paso por el decanato y mi relación entonces con la Real Academia. Lo intentaré en los próximos minutos y lo haré con la precisión o la imprecisión del recuerdo de hechos que sucedieron entre los años 1987 y 1990 y que están contaminados por las emociones y por la lógica subjetividad de quien los vivió en primera persona y de manera no programada.

Antes quiero tener un recuerdo para quienes fueron decanos desde mis años de estudiante hasta mi llegada al decanato, los profesores Carbonell Antolí, Gomar Guarnier, García-Conde Gómez, Viña Giner, Llombart Bosch y la Profesora Carmen Leal Cercos. Y también otro muy especial para el Prof. José Manuel Rodrigo que fue decano después que yo, pero que lamentablemente por problemas graves de salud no puede acompañarnos hoy.

Mi llegada al decanato de la Facultad de Medicina se produjo en mayo de 1987 de forma sorpresiva como consecuencia de un inesperado resultado en las elecciones a junta de centro. En 1984 había entrado en vigor la LRU (Ley de Reforma Universitaria) que introdujo numerosos cambios en las estructuras y el funcionamiento de la universidad española, entre ellos la elección democrática de los cargos unipersonales y el que pudiesen acceder a ellos los profesores titulares, antiguos adjuntos y no sólo los catedráticos.

La profesora Leal fue decana de un periodo constituyente y cuando se aprobó el reglamento de régimen interno de la facultad se convocaron elecciones a junta de centro. En la Facultad se generaron dos grupos, uno, el mayoritario estaba liderado, o eso se decía, por el Prof. Llombart, el otro, el minoritario, tenía un funcionamiento asambleario y en él me encontraba yo. Aunque en el PDI la presentación de candidaturas era individual, para votar cada grupo hacía su lista cerrada y al final el mayoritario obtenía 2/3 de representantes y el otro 1/3. Sorprendentemente en las elecciones de 1987 los minoritarios fuimos mayoritarios y pudimos presentar un candidato a decano con posibilidades de ser elegido. No voy a especular sobre las causas de este resultado, pero lo cierto es que la situación nos obligaba a preparar una candidatura. Como decía, nuestro funcionamiento era asambleario y en las reuniones participaban también los estudiantes y los miembros del PAS. Se acordó elegir a cinco personas que integrarían la candidatura a equipo decanal y se dejó para más tarde la elección de quién debía liderar el grupo. Los elegidos fuimos los profesores Vicente Alberola Candel, Roberto Hernández Marco y Amparo Ruiz Torner, que luego fueron vicedecanos, el profesor José Luis Fresquet Febrer, que fue secretario y yo mismo. Se redactó un programa, se pensó en que el Dr. Alberola fuera decano, él declinó por razones personales y una serie de circunstancias hicieron que fuese yo quien encabezase la candidatura. No me extenderé más, no hubo otra candidatura y, lógicamente fui elegido. A partir de ese primer sobresalto, sorpresa me parece poco, se inició una serie de hechos que hicieron que el primer curso fuera una sucesión de retos que hubo que afrontar con mucha dedicación y no menos incertidumbre.

Debo dejar claro que esos grupos de los que hablé se organizaban en el momento de las elecciones, pero después todos contribuíamos al funcionamiento de la Facultad y las relaciones personales eran en todo momento correctas y cordiales. Aprovecho esta oportunidad para agradecer públicamente la colaboración de todas las personas que hicieron posible que la Facultad cumpliera con sus funciones durante aquel trienio. En primer lugar, a Carmen Leal, que decidió no volver a presentar su candidatura (me he preguntado muchas veces, si no deberíamos haber insistido más para que lo hiciera) y que nos hizo una impecable transmisión de poderes. También, de forma muy especial, a quienes me acompañaron en el equipo decanal, incluyendo al administrador, D. Andrés Navarro, que aportó su experiencia y su conocimiento, pero también a todos y cada uno de los miembros de aquella junta de centro, a los componentes de las comisiones y a tantos que, sin pertenecer a ningún órgano colegiado, nos ayudaron, nos aconsejaron o nos acompañaron en aquella andadura.

La Facultad de 1987 no se parecía mucho a la de ahora, pero era casi idéntica a la que encontré cuando llegué a ella como estudiante en 1967. Estaba más cerca de la que describe Baroja en “el Árbol de la vida” que de la que hoy tenemos. El edificio se compartía con el Clínico y aulas y salas de hospitalización o laboratorios se mezclaban; se habían ido haciendo reformas: construcción de altillos, cierre de pasillos, tapiado de huecos bajo la escalera; en el sótano había una auténtica factoría: la cocina, la

lavandería y las máquinas de todo tipo del hospital; los patios estaban llenos de construcciones precarias alrededor de un depósito de agua que nunca llegó a funcionar. Desde el punto de vista administrativo la independencia era grande respecto de la Universidad y el presupuesto mayor que el de ahora porque la Facultad tenía poder para contratar y pagaba sus propios suministros. Sin embargo, había una gran servidumbre porque algunos gastos se compartían con el hospital clínico, aunque los adelantaba la facultad y luego había que recuperarlos.

Comentaré algunas situaciones concretas de aquel periodo. Fui elegido decano de la Facultad de Medicina de la Universitat de Valencia y meses después, sin haber hecho nada para merecerlo, tuve el honor de ser el primer decano de la Facultad de Medicina y Odontología, porque con la creación de la nueva titulación de licenciado de odontología y la desaparición de la especialidad médica de estomatología, la Universidad decidió implantar los estudios de odontología en nuestra facultad. Hasta donde sé no hubo un debate previo sobre la conveniencia de esta decisión, pero lo cierto es que había que proveer los recursos para que se iniciase el primer curso de los nuevos estudios y además un curso puente para quienes habían obtenido la licenciatura de medicina y ya no podían iniciar la especialización en estomatología. Se estaba construyendo un edificio para la escuela de estomatología que estaban en el sótano de la actual Facultad de Enfermería, pero Estomatología tenía 2 cursos de menos de 30 alumnos y la nueva licenciatura tendría 5 con, en principio, 50 alumnos cada uno. Era necesario encontrar espacio y ello obligó a agudizar el ingenio. Habilitamos espacios docentes en el primer piso donde habían estado las salas de hospitalización de Patología General o como decíamos entonces la sala de Carmena, en referencia al recordado D. Miguel Carmena. Espacio que había dejado libre el Hospital Clínico después del incendio de 1986.

En agosto del 87 hubo un incendio en el transformador eléctrico que daba energía a parte de la Facultad y del Hospital Clínico, aunque el incendio fue mucho menor que el que “le tocó” el año anterior a la Dra. Leal, produjo daños materiales muy importantes en el contenido de las neveras de investigación y de los animales de experimentación, cuya reparación hubo que gestionar, afortunadamente contamos con la colaboración del Prof. Joaquín Donat, que era vicerrector de investigación.

Unos meses más tarde la Facultad fue seleccionada para participar en la fase piloto del programa ERASMUS. Se trataba de una excelente noticia, sólo participaban 4 titulaciones y 16 universidades europeas para cada una, y nosotros habíamos sido elegidos, entre todas las españolas, junto con Oviedo. Suponía un nuevo reto y la puesta en marcha de algo que no teníamos previsto. Asistí a la reunión fundacional del programa junto con el Prof. José Luis Barona, entonces vicerrector de estudios, una de esas experiencias que uno celebra toda la vida.

En 1986 se había publicado el RD 1556/1986 que regulaba los convenios entre las universidades y las instituciones sanitarias para la utilización de los recursos

asistenciales en la formación de los estudiantes. Había que crear una comisión para negociar con la Consellería de Sanidad, que acababa de recibir las competencias asistenciales y dirigía el Prof. Joaquín Colomer, pero también había que convencer a los médicos y directivos de los hospitales distintos del Clínico y el Provincial, hoy General, que eran los que hasta entonces habían tenido el monopolio de la docencia de pregrado y conseguir la dotación económica para crear de 200 plazas de profesor asociado médico. El Prof. Alberola nos representó en la comisión negociadora y el Prof. Hernández y yo nos dedicamos a recorrer los despachos para conseguir la dotación económica. No entraré en detalles, pero puedo asegurar que vivimos emociones intensas, que continuaron cuando hubo que resolver los concursos, a las que se presentaron una media de 4 candidatos por plaza, todos con currículum abultado y convencidos de ser los más adecuados para ocupar el puesto. Lo importante es que al final se firmó el convenio y los alumnos pudieron ir al hospital La Fe, al Peset y al Arnau de Vilanova, además de al Clínico y al Provincial donde ya lo venían haciendo. Recuerdo con nitidez la felicitación del Prof. Llombart cuando comuniqué a la junta de centro que el proceso había terminado.

Todo el periodo de nuestro decanato estuvo salpicado de litigios con el Hospital Clínico, desde los problemas con el pago de las facturas de luz o teléfono, a las polémicas por la utilización de espacios que debían ser liberados, pasando por los problemas de compartir una hemeroteca que era de la Facultad, porque la pagaba, pero que a efectos prácticos actuaba como si fuera también del hospital. Para todas estas cuestiones fue impagable la ayuda de la Dra. Leal que representaba a la Facultad en la llamada comisión de transferencias y cuya herramienta de trabajo fundamental era un plano en que se habían coloreado de azul los espacios que correspondían al clínico.

Más tarde hubo que abordar la reforma de la biblioteca-hemeroteca, para ello contamos con la colaboración de Victoria García Esteve entonces directora de la biblioteca. También se recuperó espacio para crear un centro de medicina experimental con un animalario central para la facultad que permitiese la eliminación de los animalarios departamentales que, en ocasiones, no reunían las mínimas condiciones. La Prof^a Amparo Ruiz fue la persona del equipo decanal que se ocupó directamente de este tema.

No procede extenderse más, pero debo citar que entre 1987 y 1990 se produjo el inicio de la reforma de los planes de estudio que nos tuvo ocupados a lo largo de varios años en la década de los noventa y cuya principal novedad fue la aparición del crédito como unidad de medida de las asignaturas. También entonces se produjo la adaptación del proceso de matrícula de alumnos al general de la universidad, éste era un tema sensible por la gestión de las listas de espera que prolongaba la matrícula de primer curso prácticamente durante todo el primer trimestre. Tampoco fue asunto menor convencer a la junta de gobierno de la Universitat de que el *numerus clausus* no era

un atentado a los derechos de los alumnos sino una forma racional de utilizar los recursos. Parece increíble, pero hace 30 años no todo el mundo tenía claro que se debiera limitar la matrícula de ciertas titulaciones y de hecho en el curso 1988-89 se nos obligó a incrementar de forma notable el número de estudiantes de primer curso de medicina. Dejaremos para otra ocasión los comentarios sobre los avisos de bomba cuando iba a haber un examen. Avisos que antes del atentado de ETA en Hipercor de Barcelona se podían ignorar, pero que a partir de junio del 1987 obligaban a avisar a la policía y revisar las aulas. No suspendimos ningún examen, pero fueron muchos los que se retrasaron.

En 1990 llegaron unas nuevas elecciones, los que habíamos desempeñado el decanato los 3 años anteriores presentamos nuestra candidatura, también lo hizo el Prof. Llombart, que ya había sido decano. Se votó y empatamos a 43 votos, mantuvimos conversaciones para intentar integrar las candidaturas, pero no fue posible. En la segunda vuelta votaron los 90 miembros de la junta y ganó el Prof. Llombart.

Sin duda los tres años de decano tuvieron coste personal, familiar y profesional porque el día tiene 24 horas y todos los miembros del equipo decanal dedicamos mucho tiempo a la Facultad, pero fue un periodo muy provechoso en nuestra formación como personas. Aprendimos muchísimas cosas, la más importante que la voluntad de hacer no es suficiente si no se dispone de recursos, pero también que siempre es posible usar de forma más eficiente los recursos. Mi impresión es que aquellos tres años me hicieron conocer mejor mi Facultad y mejoraron mi relación con muchos de los compañeros. 27 años después no recuerdo haber perdido ningún amigo, ni conseguido ningún enemigo.

En cuanto a la relación con la Real Academia fue intensa y ¿cómo no? imprevista. Yo conocía la Real Academia como un lugar, una sala donde a finales de los 70 y principios de los 80 se celebraban las juntas de facultad a las que yo acudía junto con los Dres. Rodrigo y Alberola como representante de profesores adjuntos. Una sala con unos bancos, o mejor sería decir sofás isabelinos, situados en perpendicular a una pequeña mesa presidencial con el escudo de la Academia en relieve y todo ello presidido por un enorme cuadro de Isabel II. Los representantes de adjuntos, PNN y estudiantes nos sentábamos al final en unos bancos paralelos a la mesa. Entonces sólo los catedráticos eran miembros natos de la junta y eran casi los únicos que hablaban. Para mí la Academia era una antigua institución que en otro tiempo fue algo así como la máxima autoridad científica en medicina, pero sinceramente, desconocía cuál era su labor 150 años después de su creación, aunque sabía que estaba integrada por profesores, la mayoría muy mayores y todos hombres. El espacio físico que he descrito desapareció cuando quedó englobado dentro de la secretaria de la Facultad cuando ésta fue reformada durante el decanato del Prof. Viña Giner. Las juntas de centro

pasaron al aula magna y en 1987 yo desconocía en qué lugar de la Facultad podía estar la Real Academia.

Recién llegado al decanato vino a visitarme D. Javier García-Conde Gómez, a la sazón presidente de la Academia y del cual yo había sido alumno (como muchos de Vds. saben para D. Javier el mundo estaba dividido en 2 partes, los que habíamos sido sus alumnos y los otros). Hizo mención a nuestra antigua relación, por más que no siempre había sido pacífica, y me planteó que la Academia no tenía un lugar en la Facultad, que la biblioteca estaba en un almacén, los muebles en otro y no tenían un espacio para su normal funcionamiento. Con su habitual elocuencia se refirió a la penosa situación de una institución casi dos veces centenarias y solicitó que se le proporcionaran unos espacios dignos. La petición no podía ser más lógica, pero las condiciones del edificio no hacían fácil atenderla, al final con la colaboración de Andrés Navarro decidimos ofrecerle los espacios de la primera planta que habían sido el despacho y espacio de secretaria de la sala de Patología General (de nuevo los espacios de la sala de Carmena nos sacaban de apuros). Para completar la oferta le propusimos rehabilitar el mobiliario, incluido el retrato al óleo de Isabel II, y ponerlo en el espacio que ahora ocupa la conserjería y que entonces era una sala de usos múltiples y mal definidos. La contrapartida era que utilizaríamos también ese espacio como sala de grados. Don Javier aceptó la propuesta y en la sesión inaugural del curso 1988 el secretario perpetuo de la Academia, Dr. Rafael Benlloch dejó constancia del agradecimiento a la Facultad y al decano. Desde entonces cada vez que me veía, D. Javier me proponía que diese una conferencia en la Academia para poderme nombrar Académico correspondiente, siempre entendí la propuesta como agradecimiento a la solución de los espacios, consideré que no era mérito mío sino de la Facultad y que no era adecuado aceptarla por lo que la fui rechazando lo mejor que supe hasta que acabó mi período de decano.

Mientras fui decano fui invitado a los actos de la Real Academia ocupando con frecuencia la mesa presidencial. Así me fui familiarizando con la actividad de esta institución. Posteriormente y como miembro de la junta directiva del IMV volví a ser invitado a los actos de la Academia y desde que soy presidente del IMV he asistido de forma habitual y he podido seguir de cerca su actividad y como se ha incrementado durante la presidencia del Prof. Llombart.

Termino, he tenido la suerte de poder agradecer en sólo dos años, dos veces la concesión de la medalla de la Real Academia, la primera como presidente del IMV, la segunda ahora, representando a mi Facultad. Creo que es buen momento para reconocer públicamente la gran labor de esta Institución y el esfuerzo que ha hecho por dinamizar y actualizar su actividad. Se suele decir que las Instituciones están por encima de las personas, pero no cabe duda de que son las personas las que hacen que funcionen las Instituciones. La labor de quienes han dirigido la Real Academia a lo

largo de los últimos años que personalizaré en los Profesores Llombart, Peydro y Leal, de los cuales hace algún tiempo fui alumno, será recordada mucho tiempo.

Muchas gracias.